

## LA ABADÍA DE MAREDSUS

*A Boris de Tannenberg.*

Llego aquí á las cinco de la tarde, me apeo en la estación de Dené Maredsus, y no habiendo coche, á pie me dirijo á la hostería, que está á dos pasos del monasterio, cuyas puntiagudas monteras de pizarra y cuyas innumerables ventanas ojivales de lanceta asoman entre denso cortinaje de arbolado. Un valoncito, como de doce años, rojo, pecoso y plácido, engancha á una carretilla un perro (en Bélgica el perro trabaja punto menos que el borrico) y carga en la carretilla mi equipaje. Guiada y acompañada del chico y el laborioso animal, en quince minutos, por un camino como una sala, festoneado de espesura, subo á la hostería de Emaus. De allí, borradas aprisa las huellas de un viaje de ocho horas, me acerco sin temor á la romántica abadía. Segura estoy de que no vendrá un hato de brutos á amarrarme codo con codo y á tenerme una noche bajo la benigna impresión de una amenaza de muerte—como sucede toda-

vía en nuestra semi-rifeña patria á los que, por ejemplo, quieren estudiar arqueología y arte en Santo Domingo de Silos.

Maredsus es una casa de la gloriosa y erudita orden de San Benito, fundada hará treinta años y construída, con esa piedra del país que pulimentada es mármol, al estilo gótico primitivo, caracterizado por su prolongada ventanería. El convento es vastísimo, la iglesia amplia, suntuosa, con vidrieras y pinturas murales, obra de los monjes, que son artistas, vidrieros, pintores, forjadores de hierro, adornistas; con los locutorios desahogados, con huellas de la cariñosa intimidad, propia de los interiores flamencos. El escritor católico que me ofreció una carta de presentación para Maredsus, me dijo: "Por ahí debe usted comenzar su visita á Bélgica. Contemplará un cuadro interesante de la vida religiosa y conocerá al padre Primado de la Orden, que en ese convento reside. Verá usted qué abiertos, qué inteligentes y qué tolerantes son los monjes."

Con dos he hablado detenidamente (el padre Primado no está aquí: estos Prepositos viajan mucho). Mis dos benedictinos, *Dom* Mauricio y *Dom* Gregorio, forman perfecto contraste: el uno parece un entusiasta, un estático; el otro tiene corte de intelectual y es profesor del colegio. Estos monjes enseñan á los niños de las clases acomodadas mediante retribución y están edificando otro colegio-escuela de artes y oficios, para instruir gratuitamente á los pobres, costeándoles la estancia. El colegio ya

existente es alegre, higiénico; encierra un *hall* inmenso para recreación y fiestas y tiene su museo de antigüedades, sus gabinetes de historia natural, física y química bien surtidos, su sala de música. No puedo decir más del colegio porque no funciona ahora: son vacaciones; pero auguro muy bien de él, si me guío por la favorable impresión que los monjes causan.

Aunque he recogido de sus labios precioso testimonio acerca del estado social, político y religioso de Bélgica, no lo creeré decisivo hasta completarlo con el de monseñor Mercier, el eminente pensador, á quien muchos tienen por la primera personalidad de Bélgica desde el punto de vista intelectual. Gracias á un azar venturoso para mí, mañana llega á la abadía monseñor Mercier y podré oírle á mi sabor en la tranquilidad de este retiro. Hoy atiendo preferentemente á la fisonomía peculiar de Maredsus, al cuadro de la vida religiosa de que hablaba mi amigo. Los detalles, los signos externos revelan el espíritu tanto ó más que los discursos; los lugares y el aspecto de las cosas son elocuentes.

Y que se me perdone, ahora y después, si hasta involuntariamente me veo obligada á comparar. Procedo de un país católico y estoy tratando de estudiar otro católico igualmente; ¡pero sospecho ya que por un estilo tan distinto! Quien haga aplicaciones, con su pan se lo coma.

No estoy, no, en España, aunque estoy al pie de una abadía como las de la Edad Media, cen-

tro mitad agrícola, mitad docente, que extiende sus dominios y su fincabilidad sobre un buen pedazo de tierra, y es la señora territorial y moral, la ilustradora y bienhechora de la comarca. No estoy, no, en España, donde á tres pasos de la abadía se hubiese alzado la taberna, no porque los religiosos beban, sino porque no irradian, no influyen en esto, y bebe y continúa siendo inferior, quizás degradada, la gente circunvecina. No estoy, no, en España, porque acabo de ver lo que en España no se ve nunca: seglares, hombres de treinta años, persignándose y recogiendo para una breve oración antes de empezar á almorzar en una fonda, entre una multitud desconocida... No estoy, no, en España. No pululan, á la sombra de este convento mendigos ni engurrinadas viejas de pueril espíritu devoto: sólo un pordiosero, muy limpio, comía hoy la sopa conventual; á las hermosas y solemnes misa y vísperas asisten tantos varones como hembras; la devoción, practicada naturalmente y sin respeto humano, no es como suele ser entre nosotros, cosa abandonada desdeñosamente por los hombres, aun por los que más se precian de católicos, para que la recoja, á título de distracción inofensiva, el femenino sexo.

Y este botón de muestra de los católicos belgas reluce de aseo, de pulcritud moral y material, de formas escogidas y correctas. ¿Quién se atrevería aquí á ensartar ternos, blasfemias ni palabras soeces? ¿Quién á fumar en un comedor? ¿Quién á escupir? En la iglesia no se suelta

33705

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MAYO 1925 MONTEHERET, MÉXICO

la puerta sin mirar si alguien viene detrás; en los lindos paseos que van de la abadía al convento de Benedictinas, Santa Escolástica, los que se encuentran se saludan, aunque no se conozcan. Hay ambiente de fraternidad, algo de buen sabor cristiano. En el tren nos ayudamos todos á bajar y subir, á cargar y descargar las maletas. Nadie alza la voz, nadie molesta á nadie.

Donde más brilla el espíritu para mí nuevo, es en la templanza del lenguaje, en la tolerancia, en la carencia de farisaísmo. Los dos Padres *Dom* Mauricio y *Dom* Gregorio, en este particular, al pie de la letra edifican. Su conversación es franca, explícita, leal, pero la caridad la impregna y la cultura la realza. ¡Dios mío, cuando pienso en las polémicas y el estilo que se gasta por ahí dentro del catolicismo profesional! Les pregunto si aquí existen tales polémicas entre católicos. "Nunca con injurias, calumnias ni personalidades. Sólo hace algunos años empeñaron acalorada discusión sobre ideas los demócratas y los conservadores católicos. Se debatía una ley. Ya votada, acordaron acatarla unánimemente."

Decía uno de ellos, el más joven, el espiritual, que es francés y ha sido oficial de Marina: "Nosotros tenemos que acusarnos de haber descuidado, de haber olvidado al pueblo. El socialismo nos ha hecho un gran bien, recordándonos nuestra misión y las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo. Hoy hemos entrado de lleno en nuestro deber social, y nada omitiremos

para cumplirlo. Al estimulante del socialismo hemos de agradecer la dirección actual de nuestros esfuerzos. El catolicismo belga no descansará hasta mejorar la situación de las clases pobres cuanto quepa en lo humano. Cristo lo quiere."—Y añadía el otro, el intelectual, el profesor: "En el socialismo hay su parte irrealizable, pero su parte excelente y justa. El partido democrático católico es dueño del porvenir, si le sostienen la fe y la buena voluntad. A él deben los proletarios el derecho al voto y un sinnúmero de mejoras y reformas que los católicos se apresuran á establecer antes que las establezcan los socialistas enemigos del catolicismo. El error de los católicos fue la tendencia nimiamente conservadora en las cuestiones políticas y sociales. La sociedad evoluciona; el catolicismo, en su aspecto social, también." Y como yo le hablase del diputado socialista Vandervelde, muy anticatólico, y de su libro *El socialismo belga*, repuso el monje: "¡Ah, sí! Vandervelde, una lumbrera. Su convicción sincerísima es acreedora al respeto. Yo le estimo por su convicción."

Salía del convento creyendo apenas á mis oídos, cuando, sin duda para que resaltase mejor la belleza de este modo de ser, basado en otra convicción robusta y serena, la casualidad me presentó una escena pintoresca, peculiar.

Anocheía casi. En una de esas praderas aterciopeladas de la tierra flamenca pastaban las vacas y los bueyes del convento, blancos con negros tachones, ó color de caoba, como los que

vemos en los cuadros de Pablo Potter y de Snyders. El pastor era un lego, con sombrero de anchas alas y cayado. Las campanas dulces y argentinas de la abadía tocaron el *Angelus Domini*. El lego se descubrió y levantó la cabeza para rezar; el sol poniente, un sol pálido, benigno, le alumbró de lleno la cara y las rizosas barbas de cobre. Era aquello un entrapaño de tríptico, y su fondo, minucioso y bien señalado, la cortina de vegetación que los pintores flamencos reproducen prolijamente. Un soplo de misticismo tranquilo é intenso pasaba por el aire...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VI

## UN OBISPO

*Al Padre Castellanos.*

Lieja es una población industrial, de aspecto más bien triste, á pesar de la bonita campiña que la rodea; el polvo de carbón tiñe de gris sucio sus arrabales y sus barrios obreros; hay calles fundadas sobre antiguas galerías mineras; en su recinto reina Vulcano, ó—dejándonos de mitologías—se funden cañones, se fabrican máquinas y armas; las iglesias—excepto la de Santiago, que aquí consideran del tipo español y antes parece manuelina, análoga á los afligranados Jerónimos y á otros edificios portugueses—no tienen mucho que ver; en el Museo, por único atractivo, cuatro ó seis páginas de pintores franceses: Ingres, Díaz, Daubigny... En suma, no me hubiese yo detenido en Lieja por Lieja misma, á dos pasos de los sugestivos Museos de Amberes, El Haya y Amsterdam. Lo que me trae á Lieja es el deseo de conversar con el señor Obispo, quien por telégrafo ha avisado á Maredsus que me recibirá á las seis.

El tren en que voy llega á Lieja á las cinco y cuarenta y nueve minutos; salto á un coche en la estación, y antes de las seis estoy llamando á la puerta del patio-jardín que rodea el palacio episcopal. Me hacen entrar en una sala baja, amueblada sin lujo ni elegancia, presidida por un Crucifijo; y cuando el "carillon" de la Catedral anuncia las seis con su aérea y melodiosa sonata, "Monseñor de Lieja", puntual como todos los grandes trabajadores, se presenta alargándome la mano que lleva el anillo—un pobre topacio sin pedrería alrededor.

Nos sentamos. Yendo derechamente al asunto que sabe me interesa, el Obispo empieza á explicarme con detalles su obra de titán. No da indicios de tener prisa (otra señal característica de los muy ocupados y en cosas muy útiles), y más de hora y media habla con claridad y método, adelantándose á mis preguntas. En la explicación andan mezcladas graciosamente las indicaciones del orden práctico, hasta familiares, con las altas miras de moralidad y caridad social, bien como en las tablas flamencas de místico asunto se ven los más humildes utensilios domésticos.

—Aquí—refiere el Obispo—no todos los católicos estaban conformes con nuestra campaña. Cuando repetíamos que el pueblo sufría, que se cometían abusos con él, que padecía miseria, que las mujeres, con incesante menoscabo del pudor, trabajaban semidesnudas en la profundidad de las minas, que las fuerzas del niño eran explotadas antes de tiempo, que el

obrero envejecía y moría sin socorro, después de una existencia de ruda labor, que almas y cuerpos andaban abandonados igualmente,—esos católicos llamados conservadores, no por mala intención, por error, suponían que acaso hubiese exageración en el cuadro, ó que los resultados de nuestro espíritu democrático serían peores que el daño que tratábamos de remediar. Hoy se me figura que van convenciéndose y que caminamos á la unidad de fines. No conocemos otro medio de atajar los progresos del socialismo dentro de la ley de Dios; porque el socialismo nació de esas injusticias y de esos abusos, de la desgraciada condición de los trabajadores; y hoy es tan pujante aquí, como en ningún país del mundo.

Adviértase que, para cumplir nuestro deber, es preciso que no miremos á atajar el socialismo; eso ha de ser un fin indirecto, un resultado natural, por decirlo así, de nuestra obra. No somos políticos, sino economistas cristianos, que combaten la miseria, el alcoholismo, el vicio en las clases populares. Lo demás lo hará Jesucristo. Nosotros también somos obreros, obreros de la viña... Nuestro rumbo nos lo ha señalado el Papa con la Encíclica *Rerum novarum*... Ella ha orientado la acción social católica. Por mucho que en beneficio de las clases laboriosas haga el poder civil, la mejor y mayor parte en esta tarea, á la Iglesia compete.

La tarea es vasta... Diré á usted cómo he procedido, por ejemplo, en la cuestión de las aso-

ciaciones agrícolas, para mejorar la condición del aldeano. ¿No tengo ahí—pensé—en cada aldea un párroco que puede dedicarse con celo á fundar la asociación? Pues instrucciones concretas al párroco. El párroco busca un laico, la persona más capaz y digna de la localidad; éste señala otros dos ó tres vecinos, y ya tenemos formado el comité. El bien que han hecho estas asociaciones y el que están llamadas á hacer, es incalculable. Gentes ricas adelantaron el capital para los Bancos agrícolas, que han redimido al aldeano de la usura, facilitándole dinero secretamente, sin más garantías que su honradez, y á un rédito insignificante. Ya sabe usted que á esas buenas gentes cualquier incidente imprevisto las arruina: una granizada, una epizootia. Conjurado está el peligro, que no se remediaría repartiendo limosnas al producirse la catástrofe; y por otro lado, aspiramos á que no tengan nuestras obras carácter de "socorro" arbitrario; que en ningún modo lastimen la dignidad de los trabajadores, sean del campo ó de la fábrica. La cooperación y la mutualidad salvan el inconveniente. Nos hemos consagrado á evitar que los intermediarios esquilmasen el provecho que al labrador corresponde. Una lechuga ó una col, supongamos, le vale al labrador cinco céntimos, y en el mercado la adquirirá usted por veinticinco. Malo para el productor, que vende á ínfimo precio, y malo para el comprador, que paga más de lo justo. Hemos quitado esa explotación, estableciendo depósitos y agencias que adquieren los artícu-

los en buenas condiciones para el productor, y los colocan, librando al aldeano de una preocupación y de una esclavitud. La leche, los huevos, las legumbres, el queso, los gorrinillos, las vacas,—á todo hemos atendido, y todo se resarce en dinero, porque antes se comía el abuso de pagarles en especie, perjudicándoles una vez más en la calidad de los artículos que se les obligaba á aceptar, en concepto de remuneración. Como el alcoholismo nos preocupa mucho, por los estragos que hace en las clases trabajadoras, hemos gestionado proporcionarles cerveza buena, una bebida higiénica, sana, porque el trabajador no vive con agua sola. Y ya la tienen, barata, de la mejor calidad...

Observé que el Obispo sonreía, obrero satisfecho de la labor, del terreno ganado en la clase agrícola, poco minada por el socialismo aún, según confiesan Destreé y Vandervelde. En la Biblioteca de economía cristiana que á la mañana siguiente tuvo la bondad de remitirme Su Ilustrísima (sobre cuarenta y cinco libros y folletos, que guardo como oro en paño), encontré después los testimonios de la especial atención que merece la cuestión rural á este apóstol infatigable. Estudios sobre el seguro y el contra-seguro del ganado; sobre las queserías y fruterías cooperativas; sobre los sindicatos cooperativos agrícolas; sobre el seguro de mutualidad contra el pedrisco; sobre el sindicato de lecherías; monografías extensas de elementos de economía social agrícola para uso de las escuelas de enseñanza doméstica y de agricultura.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

de los sindicatos agrícolas; todo responde á un mismo pensamiento, que debe de ser el predilecto del Obispo de Lieja.

—Se ha luchado bastante; la idea ha cundido—declaró con sencillez; pero sería malo que creyésemos haber hecho ni aun lo más urgente: el campo es ilimitado, la labor lo mismo, y hay puntos en que encontramos resistencia y esterilidad, sindicatos y gremios—aquí en la propia Lieja, verbigracia, el de los sastres—que marchan penosamente. Sin embargo, la extensión social de la obra es tan continua, la organización se ramifica tanto, que tengo por nuestro el porvenir. Vendrá un día en que, ante la suma de beneficios y de bienestar obtenido para labradores y obreros, acabarán por comprender que la salud, abajo como arriba, está en Cristo.

En toda la conferencia—que extracto en espíritu y no literalmente—había yo preferido no interrumpir al Prelado, que de suyo, adivinando lo que podía importarme, lo desarrollaba con precisión y con una riqueza de pormenores digna de un pintor de la escuela holandesa, realista. No obstante, tres preguntas recuerdo haberle dirigido. He aquí la primera:

—Monseñor dice que cada párroco, para organizar la cooperación á favor de los agricultores, busca en la parroquia un laico de capacidad. Ese laico, ¿es lo que allá llamamos "el cacique", ó sea la persona á quien el Gobierno presta influencia á cambio de servicios electorales?

Y el Obispo, extrañado, me contestó:

—Aquí no sabemos qué es eso. No comprendo á qué clase de personas alude usted.

Segunda pregunta:

—En las obras que realiza la democracia católica, ¿se excluye á los trabajadores no católicos, ó son generales, sociales, en toda la extensión de la palabra?

Respuesta:

—Preferimos, en atención á la armonía de los esfuerzos, actuar sobre la masa católica; pero tenemos un criterio amplísimo, mucha latitud, y á nadie negamos el agua y el fuego. Para combatir el alcoholismo—supongamos—¿qué necesidad hay de saber cómo piensa y lo que cree nadie? Pero la compacta organización socialista, á su vez, deslinda los campos, y sin que seamos exclusivistas, por ley de las cosas, nuestra fuerza es nuestra fuerza.

Tercera pregunta:

—Encarece Monseñor, y encarecen aquí en general los católicos, la conveniencia de respetar la dignidad del obrero, de no dar á los beneficios carácter de limosna. ¿Es que se ha transformado la caridad cristiana, rompiendo los moldes de la Edad Media?

Al formular esta interrogación estábamos de pie hacia un rato en la puerta, temerosa yo de molestar al señor Obispo prolongando la visita, y prosiguiendo él, como quien habla *ex abundantia cordis*, su exposición de hechos. La luz que venía del patio del jardín daba de lleno en el rostro grueso, linfático, de marcado

tipo de raza. Y al contestarme, el azul claro de las pupilas se vidrió un poco, con la humedad de las emociones propias de un alma que es toda entusiasmo y ardor, bajo la corteza del sentido práctico, de la atención estricta á la vida real,—cualidades de la raza también.

—¡Ah!—murmuró.—Lo más hermoso de la Edad Media no lo hemos desechado. ¡Si viese usted este año á las señoras de la Asociación para enfermos, lavando con sus manos unas úlceras cuyo aspecto me impidió comer aquel día, se acordaría usted de Santa Isabel y de San Francisco!

Con mayor veneración que al entrar, besé el deslucido topacio, despidiéndome del buen Pastor, jefe de los demócratas católicos y alma del movimiento que rescata diariamente de la miseria y de la inmoralidad á tantos semejantes nuestros y contribuye á fortalecer la patria (1). Y al cruzar el silencioso jardín, volviéndome una vez más para saludar desde lejos á Su Ilustrísima, que continuaba en el umbral, resonaba dentro de mí la afirmación oída en París: "El Catolicismo es una fuerza social enorme."

(1) Pocos días después de esta entrevista murió súbitamente Monseñor Doutreloux, Obispo de Lieja.

## VII

## AMBERES.—UN MUSEO CATÓLICO.—UNA PROCESIÓN

*A Elena Español.*

Estoy en el pueblo de Rubens—al cual le han despojado de esta gloria, probando, según noticias, que el mágico pintor nació en Stiegen.—Sea como quiera, la memoria de Rubens aquí persiste; aquí está su sepulcro; en la catedral se guardan los dos soberbios y populares trípticos de la Crucifixión y el Descendimiento; en el Museo Plantino retratos á granel, y en el Museo del Estado tales obras, que bastarían ellas solas para labrar la reputación de un artista menos fecundo. A este Museo le llamo un Museo católico, porque predomina en él el sentimiento de la poesía y de la magnificencia religiosa, y de antemano sé el contraste que forma con los Museos protestantes que visitaré, compuestos de representaciones de la vida humana, civil y doméstica.

Por conceptos especiales, otros pintores habrán realizado la belleza con más intensidad ó finura que Rubens; pero ¿quién reunirá en con-